

Investigar sobre revistas: notas de campo extemporáneas

RESEARCHING MAGAZINES: EXTEMPORANEOUS FIELD NOTES

Matías Marambio de la Fuente*

Universidad Alberto Hurtado

* Académico colaborador del Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile. Doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile. ORCID ID: [0009-0007-4945-4344](https://orcid.org/0009-0007-4945-4344). Correo: mmarambio@uahurtado.cl.

Reflexionar sobre el estudio de las revistas culturales desde América Latina en el momento actual difícilmente podría esquivar una de las referencias que se han vuelto ineludibles para quienes hemos hecho de los estantes con números seriados el terreno de nuestra pesquisa: el ensayo de Beatriz Sarlo “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. Publicado en 1992 como parte de un voluminoso dossier sobre revistas de *América. Cahiers du CRICCAL*, el texto de Sarlo opera como apertura teórico-metodológica de una problemática que ha convocado a numerosos y diversos enfoques dentro de los estudios latinoamericanos. La capacidad de condensación de nudos que hasta hoy nos acechan como investigadores –todo en cerca de seis páginas y no más de diez notas al pie– habla tanto de la perspicacia argumentativa de Sarlo como de la intuición respecto de los desafíos que supone el trabajo con revistas y desde ellas. Aun si no estuviésemos todavía procesando los efectos de su partida como intelectual desafiante y provocadora, las preguntas lanzadas por Sarlo mantienen la actualidad de un campo en movimiento.

En efecto, no se trata de interrogantes que hayan sido inventadas por la crítica cultural argentina. El interés por las revistas tiene un “toque de reunión” con la emergencia de los estudios sobre comunicación de masas en los años sesenta y setenta, y se proyecta en los estudios culturales y la sociología de la cultura de las décadas posteriores (Varela; Zarowsky). Las coyunturas intelectuales y sociopolíticas de ambos momentos parecen dibujarse como anverso y reverso: el ciclo revolucionario y sus relaciones de sospecha, cautela –cuando no de hostilidad– con la cultura de masas; el repliegue, la derrota y los intentos por comprender las coordenadas del ingente proceso transnacionalizador y globalizante de una hegemonía estadounidense que parecía cada vez más implacable. No son solo las hipótesis, los aparatos conceptuales o las referencias bibliográficas las que cambian entre el número 3 de los *Cuadernos de la Realidad Nacional* –publicado en marzo de 1970, medio año antes de la victoria electoral de la Unidad Popular– y la aparición de la monografía de Jesús Martín-Barbero *De los medios a las mediaciones* (1987). En el espacio de casi dos décadas también hubo

desplazamientos en el horizonte histórico que convocaba a la lectura de las revistas, relegándolas a piezas relevantes, pero datadas, del desarrollo de la cultura de masas —ahora impulsada por otros soportes—.

Acaso ese haya sido el momento propicio para que otra vertiente de la familia *sui generis* de los estudios culturales en nuestro continente hiciera de las revistas su objeto de atención. La sociología de la literatura, junto a lo que se dibujaba ya como una variante sudaca de historia intelectual, se volcaron a las revistas culturales como forma de entender los gestos de modernidad estética y política de un siglo XX cuyas turbulencias podían escrutarse a través del análisis de grupos o corrientes artísticas más o menos legibles desde el prisma de las vanguardias. En ese crisol aparece un modo de aproximarse a las revistas que es, lo reconozco, también el mío. Una deriva que mira al objeto en el marco de sus relaciones, con perspectiva histórica más que con afán puramente historiográfico; esto es, con interés por el proceso y sus temporalidades más que con un arraigo disciplinar. Se fragua, entonces, un tipo de impureza en la cual la revista demanda enfoques variopintos: crítica literaria, sociología cultural, historia política, análisis del discurso. Una combinación que entiende a las publicaciones periódicas como un artefacto siempre atravesado por procesos que no logra capturar por completo:

El tejido discursivo de las revistas puede ser visto como un laboratorio donde se experimentan propuestas estéticas y posiciones ideológicas. Instrumentos de la batalla cultural, las revistas se definen también por el haz de problemas que eligieron colocar en su centro (o, a la inversa, según los temas que pasaron en silencio) (Sarlo 14).

Otras capas se añaden en el momento actual a esta consideración de las revistas como una plataforma que nos habilita la pesquisa de procesos más amplios. Junto con constituir repositorios de debates y arsenales para la batalla cultural¹, en años recientes han convocado

¹ El uso de Sarlo, tan suelto, resulta apropiado para recordar que, antes de ser una

lo que Horacio Tarcus, Antonia Viu y otros autores designan como “giro material”². Merced al diálogo con la historia del libro, la lectura y la edición, el diseño gráfico y los estudios sobre cultura impresa, nos convocamos por artefactos que representan un desafío analítico propio y no solamente acumulaciones de textos que bien podríamos haber leído en cualquier otro formato. De tal suerte, el anterior impulso por estudiar redes, formas de circulación y recepción cultural —como la traducción—, se suma a la tarea de indagar en las prácticas de lectura y, también, los llamados “usos no lectores” (Bergel) de los objetos impresos. ¿Cuánto de una revista es ostentación de capital simbólico, una seña para marcar la pertenencia a un movimiento o, por qué no decirlo, un gesto ornamental? Las potencialidades que representa un soporte visual y táctil nos dirigen a aquello que no puede reducirse a contenidos semánticos o posiciones discursivas dentro de las disputas culturales, sino que apelan a vínculos afectivos y sensibles no siempre anticipados por los colectivos editoriales.

Con el giro material adquiere mayor visibilidad la preocupación por los archivos, interrogante compartida entre investigadores, a veces en el plano de las conversaciones coloquiales y a veces como objeto de reflexión más sistemática. A los padecimientos comunes al trabajo de archivo —la ausencia o abundancia de material, las suspicacias de los custodios institucionales de acervos, los principios que ordenan las colecciones, la búsqueda frenética por *esa* pieza que, imaginamos, resolverá nuestros problemas— se suma una peculiaridad de la revista

contraseña de los agitadores de ultraderecha —tanto de políticos profesionales como de los tinterillos de la reacción—, la expresión era moneda corriente en el campo intelectual argentino. Sea por la lectura que hicieron de Gramsci los editores de *Pasado y Presente* o gracias a la traducción de los estudios culturales ingleses operada por Sarlo en *Punto de Vista*, para inicios de los noventa la Argentina no era ajena a los debates sobre la construcción de la hegemonía expresados en clave de batallas culturales.

² No está de sobra decir que el texto de Tarcus cumple la función indispensable de introducción legible, actualizada y sintética al campo, incluyendo una nutrida bibliografía general y de casos nacionales que también visibiliza la edición facsimilar de revistas.

como artefacto. Su condición de “publicación periódica” la constituye como serie que podemos observar panorámicamente. Un conjunto organizado en secuencia temporal, desde el primer número hasta el último, sea este el final o solo el más reciente. Sin embargo, al trabajar con vocación latinoamericana nos topamos con vacíos y brechas que suelen resolverse mediante peregrinajes entre bibliotecas, búsquedas en acervos privados, adquisiciones en el mercado editorial de segunda mano y hallazgos en ferias libres o mercados de las pulgas que revisten el portento de la fortuna hemerográfica.

El camino para conformar el corpus de la investigación se ve acosado por la aspiración de totalidad que supone la serie. Se trata de una condición de posibilidad así como de una barrera analítica que plantea problemas tanto en la abundancia como en la escasez. ¿Qué hacer frente a números faltantes, tirajes limitados —a veces de números únicos—, o, por el contrario, ante proyectos de vida tan prolongada que imposibilitan abarcar todo el conjunto? En mi trabajo con *Casa de las Américas*, *Tricontinental* y *Punto Final* esta pregunta se ha planteado en numerosas ocasiones: no hay manera de abarcar semejante cantidad de páginas. Pero revisar colecciones físicas bien nutridas, junto a los repositorios digitales y el tráfico entre colegas de escaneos realizados con mayor o menor pericia técnica, permite que sea factible hojear y dejar que las páginas sugieran un orden de lectura y modifiquen las preguntas iniciales. La accesibilidad ampliada merced a la digitalización, en especial la consulta en línea, descansa sobre esfuerzos cuya sostenibilidad es desigual. Portales como *América Lee* —vinculado al Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de las Izquierdas— o la compilación de *Punto Final* —iniciativa privada— no tienen la misma certidumbre financiera que las bibliotecas nacionales, y aun en ese caso las diferencias en la infraestructura cultural de diversos países, al igual que las prioridades políticas de cada momento, determinan qué materiales se encuentran disponibles³.

³ Un ejemplo de esta precariedad es el portal *Socialismo chileno* (www.socialismo-chileno.org) que alojaba una cantidad considerable de material vinculado

Reconozco que en el trabajo con conjuntos ampliados reside una dimensión semiartesanal de la pesquisa, un quehacer marcado por afinamientos y ajustes a propósito del movimiento secuencial de la lectura. Aquí, nuevamente, acierta Sarlo: “La política de una revista es un orden, una paginación, una forma de titular que, por lo menos idealmente, sirven para definir el campo de lo deseable y lo posible de un proyecto” (12). El desenvolvimiento del tiempo en la publicación resulta observable gracias a la serie y la mirada del conjunto, apoyada también por las lecturas en detalle de artículos, análisis de estrategias gráficas y selecciones de temas o la indagación en las trayectorias biográficas de los equipos editoriales. Reconstruir el funcionamiento de las revistas supone reponer trastiendas, escenas normalmente invisibles, que el trabajo de archivo ayuda a observar. Sin embargo, el carácter inestable de los proyectos culturales y políticos vinculados a las revistas como artefacto no suele avenirse con la conservación minuciosa de documentos ni menos todavía –para quienes nos interesamos por aspectos materiales– de pruebas de imprenta, diseños de portada u otros vestigios del proceso que va desde la concepción de número hasta su paso por la imprenta y la llegada a los puntos de distribución. Ahí debemos tramitar la frustración del interés prioritario de las revistas por su coyuntura inmediata y no por la posteridad⁴; los archivos acumulan lo que sobrevive a medida que la institución organiza su propia batalla contra el olvido.

tanto al Partido Socialista como a otras expresiones de la izquierda en Chile, incluyendo la revista *Chile Hoy*. A la fecha, la página se encuentra caída y sin chances de reposición en el tiempo breve. En momentos de fetichismo digital –cuando no de propaganda corporativa a favor de los prodigios de la IA–, la conservación lábil de estos repositorios nos recuerda la importancia de la descarga y el respaldo.

⁴ La relación de las revistas con esta coordenada temporal es de interés para Sarlo, tanto al inicio como al final de su ensayo. Señala que, para las revistas, el tiempo por antonomasia es el presente y la intervención en la contingencia: “De algún modo, nada es más viejo que una revista vieja” (9).

Para indagar en este universo ha sido clave, en mi experiencia, la introducción de la categoría de “prácticas editoriales” como una estrategia que permite enlazar el objeto impreso con la constelación de quehaceres involucrados en su producción, circulación y uso. El arsenal de conceptos-metáforas, como economía, ecosistema de medios, circuitos, escenas, indica el carácter praxeológico que se requiere para pensar a las revistas como puntos de acceso al estudio de las prácticas editoriales. En ello también juega un rol mi propia experiencia en el quehacer de revistas y la participación en equipos editoriales. Vivir la angustia por componer un número cuya viabilidad parece estar en riesgo por los atrasos de colaboradores que responden con evasivas —una especie de *ghosteo* revisteril—, los ires y venires en la corrección de textos que comienzan como una cosa y terminan como otra, el apuro por devolver pruebas de imprenta a tiempo, por dar solo algunos ejemplos, impone una reflexividad respecto del conocimiento de *insider* y su aplicabilidad a casos de estudio marcados por distancias temporales o geográficas. Aun en el ambiente protocolizado y, se supone, “estandarizado” de las publicaciones académicas se produce un saber práctico que tiene analogías con el ámbito político y cultural.

En el cruce del estudio de las prácticas editoriales y el enfoque de la cultura impresa quisiera sugerir al menos dos nudos emergentes de investigación que demandan más trabajo, sea en casos que han recibido mayor atención —*Amauta*, *Sur*, *Marcha*, *Casa de las Américas*, por nombrar algunas— o en otros que recién estamos integrando a nuestros mapas editoriales. El primero de ellos es el rol desempeñado por impresos efímeros que circulan en asociación con —o como extensiones de— las revistas. Pienso en colillas de suscripción, postales, separatas, fascículos complementarios, al igual que afiches u hojas despleables. En casos como *Tricontinental*, el estudio de la gráfica de la OSPAAAL ha sido integrado de forma disímil con el resto de la visualidad que atraviesa la revista⁵ y otros materiales editados por

⁵ En un artículo recientemente publicado junto a Natália Ayo Schmiedecke intentamos pensar esta problemática de forma comparativa con *Punto Final* y

la organización. La producción de artefactos compuestos, con hojas desplegables y manipulables por sus lectores, sugiere una constelación que excede los ejemplares situados uno junto a otro en el estante. Restituir los contextos de apropiación de los efímeros demanda miradas laterales y ejercicios de creatividad que nos interpelan en nuestra propia experiencia lectora y ponen en cuestión la premisa de una distancia aséptica con los materiales de trabajo.

Un segundo nudo toca los contactos entre el circuito de las revistas políticas y culturales y el mundo amplio de los medios de comunicación masiva y la cultura popular. El dossier en el que aparece el texto de Sarlo es un muestrario nutrido del interés que suscitaron las revistas culturales en el estudio de las vanguardias, como también el volumen *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*, editado por Saúl Sosnowski a finales de los noventa. El interés por las publicaciones periódicas de carácter político (*cf.* Fernández Cordero) también pone en evidencia la necesidad analítica de establecer lazos con otros formatos, sea la prensa tradicional o con medios no impresos. ¿Cuánto de lo que las revistas *hacen* —y no solo lo que *dicen*— es una respuesta a patrones comunicacionales o esquemas retóricos que encuentran su origen en otros soportes, y cuánto son capaces de irradiar hacia otros formatos? Aparece aquí, nuevamente, la necesidad de pensar la cultura impresa en términos amplios, en especial para comprender los tránsitos entre el mundo del libro y el espacio de las revistas. Si el primero concentra, aún, el prestigio y el estatus dentro del campo cultural, el segundo parece contar con mayores márgenes de maniobra y flexibilidad en las decisiones editoriales.

De las condiciones materiales y sociales de lo impreso, me parece, emerge una interrogante que no es, en rigor, un nudo para la investigación. Si la existencia de las revistas como objeto se encuentra vinculada a determinadas condiciones de posibilidad —medios técnicos, colectividades de productores y lectores, estrategias comerciales

mirando más allá de la década de los sesenta para incluir el momento de repliegue de los proyectos de la nueva izquierda latinoamericana.

y regulaciones sobre lo editable—, ¿es posible que nuestro actual paisaje de medios de comunicación las haya vuelto un vestigio de otro tiempo, una experiencia residual de la moderna esfera pública? Aun si el obituario de la modernidad ha sido pronunciado de manera prematura varias veces, no creo que sea una exageración constatar que nos encontramos en un momento que exhibe señales de cambios substantivos:

Entre todas las modalidades de intervención cultural, la revista pone el acento sobre lo público, imaginado como espacio de alineamiento y conflicto [...] Desde la vanguardia en adelante, las revistas construyen su público. Por eso son, en el sentido más amplio, instrumentos de agitación y propaganda (Sarlo 9, 15).

No se trata solo de lo público como espacio compartido —disponible pero común—, sino también de las relaciones que los públicos desarrollamos con otros instrumentos de agitación y propaganda. Dicho de otro modo: no basta con plantear la manida cuestión del ocaso del papel ante el imperio de lo digital, sino de la eficacia misma del artefacto revista como plataforma desde la cual es posible generar alineamientos y prefigurar públicos.

En este escenario, diversos vectores dan pistas de cómo se desarrollará la coyuntura en curso. En el plano de las materialidades, la dificultad creciente de sostener medios periódicos impresos ha encontrado en los fanzines y las publicaciones experimentales una solución táctica. Apelando a la democratización de los medios de producción, con técnicas que tienen barreras de acceso más bajas, o bien a la recuperación de oficios como la impresión tipográfica, la edición en serie reaparece en los estratos de las artes visuales y de las formas alternativas y contrahegemónicas de organización política. Una ruta alternativa la constituye el paso al espacio virtual, con revistas de carácter anfibio —circulación más acotada del ejemplar físico y una presencia en internet que duplica contenidos impresos y suma otros más— y otras que hacen su vida por entero de forma digital. Sin llegar

a ser conglomerados mediáticos como los que manejan los sectores dominantes, proyectos como *Anfibia*, *Crisis* o *Jacobin*—en su versión brasileña o hispanoamericana— han expandido su quehacer con canales de Youtube, talleres de formación o podcasts que se presentan como “investigación periodística en formato sonoro”.

Habitamos un momento bisagra que invita a observar mutaciones, sobrevivencias y, quizá contra nuestros deseos más íntimos, pérdidas. No se trata únicamente de la arrolladora lógica del reemplazo tecnológico; no quisiera terminar con fatalismos deterministas. Si se me permite volver a las sentencias de Sarlo, el trabajo con revistas nos vuelve conscientes del tiempo y nuestras formas de reaccionar a él. Lo inscribimos en soportes transmisibles, intentamos intervenirlo o nos resistimos a las pautas de lo contingente con la porfía de quien compila contenidos con la intención de disputar qué es lo que vale la pena que sea leído, valorado, combatido o descartado. Incluso si la época de las revistas como medio de comunicación se encuentra ya perimida—y somos nosotras, las y los investigadores, quienes nos negamos a aceptarlo—, la operación que realizan no se ha desvanecido del todo.

REFERENCIAS

- BERGEL, MARTÍN. “Para una historia de la no-lectura en América Latina. Los usos de los objetos impresos en el proceso de popularización del Partido Aprista Peruano (1931-1945)”. *Políticas de la Memoria* 17, verano de 2016-2017, pp. 184-203.
- FERNÁNDEZ CORDERO, LAURA (ed.). *Hacer cosas con revistas. Publicaciones políticas y culturales del anarquismo a la nueva izquierda*. Temperley, Tren en Movimiento, 2022.
- MARAMBIO DE LA FUENTE, MATÍAS Y NATÁLIA AYO SCHMIEDECKE. “From Strategic Offensive to Tactical Reassembly: Visual Politics and

- Editorial Manoeuvres in *Tricontinental* and *Punto Final* Magazines (1965-1999)". *Third World Quarterly*, febrero de 2025, pp. 1-25.
- MARTÍN-BARBERO, JESÚS. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili, 1987.
- SARLO, BEATRIZ. "Intelectuales y revistas: razones de una práctica". *América. Cahiers du CRICCAL* n. ° 9-10, 1992, pp. 9-16.
- SOSNOWSKI, SAÚL (ed.). *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*. Madrid/Buenos Aires, Alianza Editorial, 1999.
- TARCUS, HORACIO. *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Temperley, Tren en Movimiento, 2020.
- VARELA, MIRTA. "Intelectuales y medios de comunicación". En Carlos Altamirano (coord.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Vol. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 759-781.
- VIU, ANTONIA. *Materialidades de lo impreso. Revistas latinoamericanas. 1910-1950*. Santiago, Metales Pesados, 2019.
- ZAROWSKY, MARIANO. *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo: un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires, Biblos, 2013.

